

reunir la fuerza armada; Santerre volvió de Versalles; dictáronse las órdenes necesarias; el batallón de Brest, entonces presente en París, desplegó mucho celo y seguridad, y consiguióse dispersar á los revoltosos.

Por la noche hubo un acalorado debate en los jacobinos, donde se deploraron aquellos desórdenes, á pesar de los gritos de las tribunas que los desmentían continuamente. Collot-d'Herbois, Thuriot y Robespierre aconsejaron unánimemente la tranquilidad, atribuyendo los excesos á los aristócratas y girondinos. Robespierre pronunció con este motivo un largo discurso para sostener que el pueblo era *impecable*, que no podía cometer nunca un error, y que si no se le extraviaba, no incurriría jamás en falta alguna. Sostuvo que en los grupos que saqueaban las tiendas se compadecía al rey muerto, hablando en sentido favorable de la derecha de la Asamblea; que lo había oído él mismo, y que por lo tanto no podía quedar la menor duda acerca de quiénes eran los verdaderos instigadores que habían extraviado al pueblo. El mismo Marat aconsejó el orden, condenando el saqueo que predicaba aquella misma mañana en su diario é imputándole á los girondinos y realistas.

Al día siguiente se reproducen en la Asamblea las quejas acostumbradas y siempre inútiles. Barrere clama enérgicamente contra los crímenes de la víspera, haciendo notar la tardanza de las autoridades para reprimir el desorden. El saqueo había comenzado, efectivamente, á las diez de la mañana, y á las cinco de la tarde no se había reunido aún la fuerza armada. Barrere pide que comparezcan al punto el corregidor y el comandante general para explicar los motivos de aquella demora, y una diputación de la sección del Buen Consejo apoya la demanda. Salles pide entonces la palabra, y propone un acta de acusación contra el instigador del pillaje, contra Marat, leyendo el artículo inserto la víspera en su diario. Con frecuencia se había pedido una acusación contra los que éxcitasen al desorden, y particularmente contra Marat; y la ocasión no podía ser más favorable para perseguirlos, pues jamás habían seguido los trastornos tan de cerca á la provocación. Sin desconcertarse por esto, Marat sostiene en la tribuna que es muy natural que el pueblo se haga justicia contra los acaparadores, pues que las leyes son insuficientes, y que es necesario *enviar á la casa de locos á los que proponen su acusación*. Buzot pide la orden del día sobre la proposición de acusar al señor Marat. «La ley es terminante, dice, pero el señor Marat comentará sus frases; el jurado se verá indeciso, y no se debe proporcionar un triunfo al señor Marat en presencia de la justicia misma.» Un individuo pide que la Convención declare á la república que ayer por la mañana aconsejó Marat el pillaje y que por la tarde se saqueó. Sucédense muchas proposiciones, y por último se acuerda enviar sin distinción á todos los autores de los trastornos á los tribunales ordinarios. «¡Pues bien, exclama entonces Marat; pronuncia una acusación contra mí, para que la Convención pruebe que ha perdido todo pudor!» Al oír estas palabras se promueve un gran tumulto; la Convención envía á los tribunales á Marat y á todos los autores de los delitos cometidos el día 25, y se adopta la proposición de Barrere. Santerre y Pache son citados á la barra, y se adoptan nuevas disposiciones contra los

supuestos agentes del extranjero y de la emigración. En aquel momento se acreditaba por todas partes la suposición de haber una influencia extranjera. La víspera se habían ordenado nuevas visitas domiciliarias en toda Francia para detener á los emigrados y á los viajeros sospechosos, y aquel mismo día se renovó la obligación de sacar pasaportes, encargándose á todos los posaderos ó fondistas que dieran nota de los extranjeros alojados en sus casas. Después se mandó practicar un nuevo recuento de todos los ciudadanos de las secciones.

Marat debía ser acusado por fin, y el día siguiente escribió en su diario las siguientes líneas:

«Indignado al ver á los enemigos de la causa pública maquinando eternamente contra el pueblo, y á los agiotistas de todo género coligarse para reducirle á la desesperación y á la miseria por el hambre; entristecido al ver que las medidas adoptadas por la Convención para reprimir esas conjuraciones no llenan el objeto; cansado de oír los gemidos de los infelices que vienen todas las mañanas á pedirme pan, acusando á la Convención de que los deja perecer de miseria, tomo la pluma para aconsejar los mejores medios de poner término á las conspiraciones de los enemigos públicos y á los padecimientos del pueblo. Las ideas más sencillas son las que antes acuden á una inteligencia bien organizada que sólo quiere la felicidad general estable; yo me pregunto, pues, por qué no habíamos de emplear contra los bandidos públicos los medios de que ellos se valen para arruinar al pueblo y matar la libertad, y en su consecuencia, observo que en un país donde los derechos del pueblo no sean vanos títulos, consignados pomposamente en una simple declaración, el saqueo de algunos almacenes á cuya puerta se ahorcara á los monopolizadores, pondría muy pronto fin á sus malversaciones. ¿Qué hacen los que dirigen la facción de los hombres de Estado? Se apoderan ávidamente de esta frase, y después se apresuran á enviar emisarios á las mujeres agrupadas ante las tahonas para inducir las á arrebatar al precio corriente el jabón, las velas y el azúcar de las tiendas de comestibles, mientras que estos emisarios saquean ellos mismos las tiendas de los pobres patriotas. Esos bribones permanecen silenciosos todo el día, por la noche se conciertan en un conciliábulo que hay en la calle de Rohán, en casa de la querida del contrarrevolucionario Valazé, y al día siguiente vienen á denunciarme en la tribuna como promotor de los excesos de que son los primeros autores.»

La contienda iba siendo cada día más encarnizada; cruzábanse ya abiertamente las amenazas; muchos diputados no salían sin armarse, y comenzábase á decir con tanta libertad como en los meses de julio y agosto del año anterior que era preciso salvarse por la revolución, suprimiendo la parte gangrenada de la representación nacional. Los girondinos se reunían por la noche en gran número en casa de uno de sus colegas, Valazé, y estaban muy inciertos sobre lo que debían hacer. Los unos creían en próximos peligros y los otros no; algunos de ellos, como Salles y Louvet, suponían conspiraciones imaginarias, y llamando la atención sobre quimeras, no la dejaban fijarse en el verdadero peligro. Ideando á la vez mil proyectos, situados en medio de París sin ninguna fuerza disponible y sin contar más que con la opinión de los departamentos, inmensa á la verdad,

pero entonces inerte, cada día estaban expuestos á su cumbir por un golpe de mano. No habían conseguido organizar una fuerza departamental; las tropas confederadas que llegaron espontáneamente á París después de reunirse la Convención, habían sido ganadas en parte, y las otras se hallaban en los ejércitos; de modo que apenas se podía contar sino con cuatrocientos hombres de Brest, cuyo marcial aspecto bastó para reprimir el pillaje. A falta de guardia departamental, los girondinos trataron inútilmente de trasladar la dirección de la fuerza pública del Ayuntamiento al ministerio de la Gobernación: furiosa la Montaña, intimidó á la mayoría, impidiendo que se aceptara la proposición. Por otra parte, sólo se contaba ya con ochenta diputados inaccesibles al temor y siempre firmes en las deliberaciones. En tal estado de cosas, sólo quedaba á los girondinos un medio, tan impracticable como todos los demás, cual era el de disolver la Convención: los furiosos de la Montaña impedirían también que se acordase esta medida. En tales incertidumbres, no hijas de la debilidad, sino de la impotencia, apoyábanse en la Constitución, y por la necesidad de esperar alguna cosa, lisonjébanse de que el yugo de las leyes encadenaría las pasiones, poniendo término á todos los disturbios. Los espíritus especuladores se fijaban sobre todo en esta idea. Condorcet había leído su informe en nombre del comité de la Constitución, y excitó una verdadera borrasca; sobre Petión y Sieyes recayeron las imprecaciones de los jacobinos, quienes no vieron en su república sino una aristocracia propia para algunos talentos orgullosos y despóticos. Por eso no querían los montañeses que se hablara más del asunto, y muchos individuos de la Asamblea, comprendiendo que su misión no sería constituir, sino defender la revolución, decían con el mayor atrevimiento que era preciso aplazar la Constitución para el año siguiente, sin ocuparse por el pronto más que de gobernar y batirse. Así era como comenzaba á anunciarse el largo reinado de aquella tempestuosa Asamblea: dejaba ya de creer en la brevedad de su misión legislativa, y los girondinos veían desvanecerse su última esperanza, la de encadenar prontamente á las facciones con leyes.

Sus adversarios, los jacobinos, no estaban á su vez menos apurados: contaban con sus pasiones violentas, con el Ayuntamiento, con la mayoría de las secciones; pero no tenían los ministerios; inspirábanles temor los departamentos, donde luchaban las dos opiniones con extremado furor y donde la suya tenía una desventaja evidente; también les causaba inquietud el extranjero, y aunque las leyes ordinarias de las revoluciones asegurasen la victoria á las pasiones violentas, estas leyes, de ellos desconocidas, no podían tranquilizarles. Sus proyectos eran tan confusos como los de sus adversarios. Atacar á la representación nacional era un acto de audacia bastante difícil, y aún no se habían familiarizado con esta idea. No faltaba una treintena de perturbadores que osaban y proponían todo en las secciones; pero tales proyectos eran desaprobados por los jacobinos, por el Ayuntamiento y por los montañeses, que acusados todos los días de conspiradores, y justificándose diariamente, comprendían que las proposiciones de cierta especie les comprometerían á los ojos de sus adversarios y de los departamentos. Dantón, que apenas había to-

mado parte en las contiendas de los partidos, sólo pensaba en dos cosas: en librarse de toda persecución por sus actos revolucionarios, y en evitar que la revolución retrocediese, sucumbiendo bajo los golpes del enemigo. El mismo Marat, tan aturrido y tan atroz cuando se trataba de los medios, vacilaba también; y Robespierre, á pesar de su odio contra los girondinos, contra Brissot, Roland, Guadet y Vergniaud, no osaba pensar en un ataque contra la representación nacional. No sabía á qué medio apelar, hallábase desanimado, dudaba de que se salvase la revolución, y decía á Garat que temía que se tramase la pérdida de todos los defensores de la república.

Mientras que en Marsella, en Lyon y en Burdeos se agitaban los dos partidos violentamente, los jacobinos marseleses, que luchaban con los partidarios de los girondinos, propusieron librarse de los *apelantes*, expulsándolos de la Asamblea; y esta proposición, enviada á los jacobinos de París, fué discutida. Desfieux sostuvo que apoyaban la demanda suficientes sociedades afiliadas para que se convirtiera en petición y se presentase á la Asamblea. Robespierre, que temía que semejante demanda llevase consigo el cambio de toda la Convención y que en la lucha electoral quedase vencida la Montaña, se opuso enérgicamente, y consiguió que se desechase por las razones que generalmente se dan contra todos los proyectos de disolución.

Nuestros reveses militares acabaron de precipitar los acontecimientos. Hemos dejado á Dumouriez acampando en las orillas de Bielbos, y haciendo sus preparativos para un desembarque peligroso, pero posible, en Holanda. Mientras que el general se ocupaba en esto, doscientos sesenta mil combatientes marchaban contra Francia, desde el alto Rhiñ hasta Holanda: cincuenta y seis mil prusianos, veinticuatro mil austriacos y veinticinco mil sajones, bávaros y hesseses amenazaban el Rhiñ desde Basilea hasta Maguncia y Coblenza. De este punto al Mosa, treinta mil hombres ocupaban el Luxemburgo; sesenta mil austriacos y diez mil prusianos avanzaban hacia nuestros cuarteles del Mosa para hacer levantar los sitios de Maestricht y de Venloo; y por último, cuarenta mil ingleses, hannoverianos y holandeses, que aún quedaban atrás, avanzaban desde el fondo de Holanda sobre nuestra línea de operaciones. El proyecto del enemigo era rechazarnos desde Holanda al Escalda, obligarnos á pasar de nuevo el Mosa y detenerse después en este río, esperando á que se hubiese recobrado la plaza de Maguncia. Su plan consistía en marchar así poco á poco, adelantar igualmente sobre todos los puntos á la vez, y no penetrar precipitadamente en ninguno á fin de no exponer sus flancos. Este plan tímido y metódico nos hubiera permitido llevar mucho más allá y más activamente la empresa ofensiva de Holanda, si algunos errores ó desgraciados accidentes, ó tal vez demasiada precipitación para alarmarse, no nos hubieran obligado á renunciar á ella. El príncipe de Coburgo, que se había distinguido en la última campaña contra los turcos, mandaba á los austriacos que se dirigían al Mosa, cuando reinaba el desorden en nuestros cuarteles, dispersos entre Maestricht, Aquisgrán, Lieja y Tongres.

En los primeros días de marzo, el príncipe de Coburgo pasó el Roer y avanzó por Düren y Aldenhoven so-

bre Aquisgrán; y atacadas súbitamente nuestras tropas, retiráronse en desorden hacia este último punto, abandonando al enemigo hasta las mismas puertas. Miacinski resistió algún tiempo; pero después de un combate bastante mortífero en las calles de la ciudad, hubo de ceder y retirarse hacia Lieja. En aquel instante Sténgel y Neuilly, separados por este movimiento, se veían en la precisión de replegarse á Limburgo. Miranda, que sitiaba á Maestricht, y que aún podía quedar aislado del principal cuerpo de ejército retirado á Lieja, abandonó hasta la orilla izquierda, retrocediendo hacia Tongres. Los imperiales penetraron al punto en Maestricht, y el archiduque Carlos, prosiguiendo atrevidamente la persecución más allá del Mosa, avanzó hasta Tongres y obtuvo una nueva ventaja. Valence, Dampierre y Miacinski, reunidos en Lieja, pensaron entonces que se debían apresurar para incorporarse á Miranda, y marcharon sobre Saint-Trond, hacia donde se dirigía también este último jefe. La retirada se efectuó tan precipitadamente, que se perdió una parte del material; pero después de salvar grandes peligros, llegóse á Saint-Trond. Lamarliere y Champmorin, situados en Ruremohde, tuvieron tiempo de dirigirse por Dietz al mismo punto; Sténgel y Neuilly, completamente separados del ejército, y rechazados hasta Limburgo, fueron recibidos en Namur por la división del general d'Harville; y reunidas por fin nuestras tropas en Tirlémont, recobraron un poco de calma y seguridad, esperando la llegada de Dumouriez.

Apenas tuvo el general noticia de esta primera derrota, ordenó á Miranda que reuniese á toda su gente en Maestricht y continuara tranquilamente el sitio con setenta mil hombres, pues estaba persuadido de que los austriacos no se atreverían á empeñar batalla, y que la invasión de Holanda obligaría muy pronto á los coligados á retroceder. La opinión era muy exacta y fundábase en la verdadera idea de que, en el caso de una ofensiva recíproca, la victoria es siempre del que más espera. El tímido plan de los imperiales, que no querían penetrar en ningún punto, justificaba sobradamente esta manera de ver; pero el descuido de los generales, que no se concentraron bastante pronto, su turbación después del ataque, la imposibilidad de reunirse en presencia del enemigo, y sobre todo la falta de un hombre superior en autoridad é influencia, no permitieron que se ejecutara la orden de Dumouriez. Escribiéronle carta sobre carta para que volviese de Holanda; el pánico era general; más de diez mil desertores habían abandonado ya el ejército, diseminándose hacia el interior; y los comisionados de la Convención corrieron á París para que se intimara á Dumouriez la orden de confiar á otro la expedición intentada contra Holanda y volver cuanto antes á ponerse á la cabeza del gran ejército del Mosa. El general recibió la orden el 8 de marzo, y partió el 9, con el sentimiento de ver malogrados todos sus planes. Volvía más dispuesto que nunca á criticarlo todo en el sistema revolucionario introducido en Bélgica, y á culpar á los jacobinos por el mal éxito de sus planes de campaña. Dumouriez halló, en efecto, motivo suficiente para quejarse y condenar: los agentes del poder ejecutivo en Bélgica ejercían una autoridad despótica y vejatoria; habían sublevado por todas partes al populacho, y valdóse de la violencia en las asambleas donde se

discutía la anexión á Francia. Además de esto, habíanse apoderado de toda la plata de las iglesias, secuestrado las rentas del clero y confiscado los bienes de los nobles, con todo lo cual excitaron la más viva indignación entre todas las clases de la nación belga. Por la parte de Grammont comenzaba á manifestarse ya una insurrección contra los franceses.

No eran necesarios hechos tan graves para disponer á Dumouriez á tratar severamente á los comisionados del gobierno: comenzó por arrestar á dos, disponiendo que fueran conducidos con escolta á París; habló á los otros con la mayor dureza, dándoles orden de limitarse á sus deberes, y les prohibió que se mezclasen para nada en las disposiciones militares de los generales, ni dieran órdenes á las tropas que se hallaban en la extensión de su comisariato. Después destituyó al general Moretón, que había formado causa común con los agentes; mandó cerrar los clubs; dispuso que se devolviese á los belgas una parte del mobiliario cogido en las iglesias, y acabó por publicar una proclama desaprobando en nombre de Francia las tropelías que acababan de cometerse. El general calificó con el nombre de *bandidos* á los autores de tales excesos, ejerciendo una dictadura que á la par que le atraía el favor de Bélgica, haciendo más segura para el ejército francés su permanencia en el país, excitó en el más alto grado la cólera de los jacobinos. Tuvo, en efecto, con Camús una acalorada discusión; habló desdenosamente del gobierno del día; y olvidando la suerte de Lafayette, ó contando con harta ligereza en el poderío militar, condújose como general que estaba seguro de hacer la contrarrevolución cuando así le pareciese, y que se hallaba dispuesto á quererlo si le apuraban la paciencia. En su estado mayor predominaba el mismo espíritu; hablábase con desprecio de aquel populacho que gobernaba á París y de los imbéciles convencionales que se dejaban avasallar por él; se maltrató y alejó á todos aquellos á quienes se creía jacobinos; y en cuanto á los soldados, muy contentos con tener á su general, dábanlo á conocer ante los comisionados de la Convención deteniendo el caballo de su jefe para besar á éste las botas, llamándole padre. Estas noticias excitaron en París el mayor tumulto, suscitando nuevas quejas contra los traidores y los contrarrevolucionarios. El diputado Choudieu se aprovechó para reclamar, como se hacía á menudo, el envío de los confederados residentes en París. A cada mala noticia que se recibía de los ejércitos, pedíase la misma cosa. Barbaroux quiso tomar la palabra sobre este asunto; pero su presencia produjo una exasperación de que no había ejemplo. Buzot trató inútilmente de hacer valer la firmeza de los soldados de Brest durante el saqueo; sólo Boyer-Fonfrede obtuvo, por una especie de acomodamiento, que los confederados de los departamentos marítimos fueran á completar el ejército, aún demasiado débil, de las costas del Océano. Los otros quedaron autorizados para permanecer en París.

Al día siguiente, 8 de marzo, la Convención ordenó á todos los oficiales que fueran á incorporarse inmediatamente á sus batallones. Dantón propuso ofrecer aún á los parisienses la ocasión de salvar á Francia. «Pedidles treinta mil hombres, dijo; enviadlos á Dumouriez, y la Bélgica será nuestra, y se conquistará la Holanda.» En efecto, no era difícil hallar en París estos treinta

mil hombres, que serían un gran auxilio para el ejército del Norte y darían nueva importancia á la capital. Dantón propuso además enviar comisionados de la Convención á los departamentos y las secciones para acelerar el alistamiento por todos los medios posibles. Estas proposiciones fueron adoptadas; dióse orden á las secciones para reunirse por la noche; se nombraron comisionados para asistir á ellas; cerráronse los teatros á fin de evitar toda distracción, y se enarboló en la Casa Ayuntamiento la bandera negra en señal de aflicción.

Por la noche se verificó la reunión en efecto; los comisionados fueron perfectamente recibidos en las secciones: dominaba cierta agitación en los ánimos, y fué bien acogida en general la proposición de marchar inmediatamente á los ejércitos; pero sucedió aquí lo mismo que había sucedido antes en los días 2 y 3 de septiembre: pidióse que antes de marchar fuesen castigados los traidores. Desde aquella época se había adoptado una fórmula determinada: «No se quería, decían, dejar tras sí á los conspiradores dispuestos á sacrificar las familias de los ausentes.» Era preciso, pues, para evitar nuevas ejecuciones populares, ordenar otras legales y terribles, que alcanzaran prontamente y sin apelación á los contrarrevolucionarios, á los conspiradores ocultos, que amenazaban interiormente á la revolución, amenazada ya por fuera; era preciso suspender la cuchilla sobre las cabezas de los generales, de los ministros y diputados infieles que comprometían la salvación pública. No era justo tampoco que los ricos egoístas, enemigos del régimen de la igualdad, á quienes importaba poco pertenecer á la Convención ó á Brunswick, y que por consiguiente no se presentaban para llenar los cuadros del ejército, no era justo, decían, que permaneciesen extraños á la causa pública y nada hicieron por ella. En su consecuencia, todos los que tuvieran más de mil quinientos francos de renta debían pagar una contribución proporcionada á sus recursos, y suficiente para indemnizar á los que tomaban parte en la campaña. Este doble deseo, el de constituir un nuevo tribunal contra el partido enemigo, y crear una contribución de los ricos en favor de los pobres que iban á batirse, era casi general en las secciones. Varias de ellas lo manifestaron al Ayuntamiento; indicáronle los jacobinos á su vez; y al día siguiente hallóse la Convención ante una opinión universal é irresistible.

Al otro día, en efecto (9 de marzo), asistieron á la sesión todos los diputados montañeses; los jacobinos llenaban las tribunas expulsando de ellas á todas las mujeres, porque era preciso, decían, emprender una expedición. Varios de ellos llevaban pistolas, y aunque el diputado Gamón quiso quejarse, no se le escuchó. La Montaña y las tribunas, firmemente resueltas, intimidaban á la mayoría, pareciendo decididas á no tolerar ninguna resistencia. Preséntase el corregidor con el consejo del Ayuntamiento y confirma el informe de los comisionados de la Convención sobre el celo de las secciones, pero repite su deseo de crear un tribunal extraordinario é imponer una contribución á los ricos. Siguen después muchas secciones que piden la misma cosa; algunas solicitan además una ley contra los monopolizadores, un *máximum* en el precio de los comestibles, y la derogación del decreto que declaraba mercancía la moneda metálica, permitiendo que circulase á diferente

precio que el papel. Hechas todas estas peticiones, insístese para que se pongan á votación las medidas propuestas, y se quiere votar en el acto el establecimiento de un tribunal extraordinario. Algunos diputados se oponen: Lanjuinais toma la palabra y pide que, si se quiere consagrar absolutamente la iniquidad y un tribunal sin apelación, se limite por lo menos al departamento de París una calamidad semejante. Guadet y Valazé hacen inútiles esfuerzos para apoyar á Lanjuinais, pues les interrumpen brutalmente los diputados de la Montaña. Algunos de éstos llegan hasta pedir que este tribunal sea designado con el nombre de *revolucionario*; pero la Convención, sin tolerar más largo debate, «decreta el establecimiento de un tribunal *criminal extraordinario*, para juzgar, sin apelación y sin recurso al tribunal de casación, á los conspiradores y contrarrevolucionarios, y encarga al comité legislativo que presente al otro día un proyecto de organización.»

Inmediatamente después de este decreto, expide otro imponiendo una contribución extraordinaria de guerra, y un tercero por el cual se organizan cuarenta y una comisiones de dos diputados cada cual, encargadas de dirigirse á los departamentos para acelerar el alistamiento por todos los medios posibles, desarmar á los que no marchen, detener á los sospechosos, apoderarse de los caballos de regalo y ejercer, en fin, la más absoluta dictadura. Á estas medidas se agregan aún otras: las plazas dotadas en los colegios no pertenecerán en lo futuro sino á los hijos de aquellos que hayan marchado al ejército; todos los solteros empleados en las oficinas serán substituídos por padres de familia, y quedará abolido el apremio corporal. El derecho de testar se suprimió algunos días antes. Todas estas providencias se adoptaron á propuesta de Dantón, que conocía perfectamente el arte de enlazar los intereses con la causa revolucionaria.

Satisfechos los jacobinos de aquella jornada, corrieron á celebrar entre sí el celo que habían manifestado, su manera de ocupar las tribunas y la imponente reunión que ofrecían las compactas filas de la Montaña. Aconsejaronse mutuamente seguir observando la misma conducta y asistir todos á la sesión del día siguiente, en la cual se debía organizar el tribunal extraordinario. Robespierre, decían, nos le ha recomendado mucho. Sin embargo, no estaban satisfechos aún con lo que habían obtenido: uno de ellos propone redactar una petición en que se pida el cambio de los comités y del ministerio, el arresto de todos los funcionarios en el instante mismo de su destitución, y el de todos los administradores de correos y periodistas contrarrevolucionarios. Quiérese redactar la petición al punto; pero el presidente objeta que la sociedad no puede hacerlo colectivamente, y se conviene en ir á buscar otro local, para reunirse en él como meros peticionarios. Después se diseminan por París, donde reinaba el tumulto. Unos cien hombres, promovedores ordinarios de todos los trastornos, conducidos por Lasouski, se habían dirigido á casa del periodista Gorsas, armados de pistolas y sables, y rompieron sus prensas: Gorsas huyó y sólo pudo salvarse defendiéndose con mucho valor y presencia de ánimo. Lo mismo hicieron en casa del editor de la *Crónica*, cuya imprenta destruyeron también.

El día siguiente, 10, amenazaba ser aún más borrasca.

cosa. Era domingo, y habíase dispuesto un banquete en la sección del Mercado de los Trigos para obsequiar á los alistados que marchaban al ejército: la ociosidad del pueblo, unida á la agitación de un festín, podía ocasionar los mayores excesos. La sala de la Convención se llenó de igual manera que la víspera, y en las tribunas y en la izquierda formaba la Montaña compactas filas, con el mismo aspecto amenazador. Comienza el debate sobre asuntos de poca importancia, y trátase luego de una carta de Dumouriez. Robespierre apoya las proposiciones del general, pidiendo la formación de causa á Lanoue y Sténgel, ambos jefes de la vanguardia cuando se sufrió la primera derrota. Apruébase la acusación, y trátase después de la marcha de los diputados comisionados para el alistamiento; pero siendo necesarios sus votos para asegurar el establecimiento del tribunal extraordinario, decídese organizarle en el mismo día, y despachar los comisionados al siguiente. Cambaceres pide al punto la organización de dicho tribunal y la del ministerio. Buzot se lanza entonces á la tribuna, y aunque interrumpido por fuertes murmullos, exclama: «Esos murmullos me anuncian lo que ya sabía, que hay valor en oponerse al despotismo que nos preparan (nuevos rumores). Yo os cedo mi vida, pero quiero salvar mi memoria de la deshonra oponiéndome al despotismo de la Convención Nacional. Se quiere que confundáis en vuestras manos todos los poderes.—Es preciso obrar y no charlar, grita una voz.—Decís bien, contesta Buzot; los publicistas de la monarquía han dicho también que era preciso obrar, y que, por consiguiente, el gobierno despótico de uno solo era el mejor...» Elévanse nuevos rumores, y reina la confusión en la Asamblea; pero al fin se conviene en aplazar la organización del ministerio, y no ocuparse por el pronto sino del tribunal extraordinario. Pídesse entonces el informe de la comisión, y se contesta que no está hecho, pero en su defecto se exige el proyecto en que se haya convenido. Roberto Lindet procede á su lectura, deplorando su severidad; y he aquí lo que propone con el acento del más profundo pesar: el tribunal se compondrá de nueve jueces, nombrados por la Convención, é independientes de toda forma, los cuales deben adquirir el convencimiento por todos los medios. Divididos en dos secciones, siempre permanentes, perseguirán á instancias de la Convención, ó directamente, á los que por su conducta ó manifestación de sus opiniones hayan intentado extraviar al pueblo, y á los que por los cargos que desempeñaban bajo el antiguo régimen recuerden prerrogativas usurpadas por los déspotas.

Al terminar la lectura de este espantoso proyecto resuenan aplausos en la izquierda, manifestándose una violenta agitación en la derecha. «¡Antes morir, exclama Vergniaud, que tolerar el establecimiento de esa inquisición veneciana!—El pueblo, contesta Amar, necesita esta medida de salvación ó la insurrección.—Sabido es, dice Cambón, cuán aficionado soy al poder revolucionario; pero si el pueblo se equivoca en las elecciones, nosotros podríamos equivocarnos en la elección de estos nuevos jueces, y entonces serían insoportables tiranos, que nos habríamos impuesto nosotros mismos!—¡Este tribunal, exclama Duhén, es aún demasiado bueno para los malvados y los contrarrevolucionarios!» Prolóngase el tumulto, y se pasa el tiempo en

proferir amenazas, ultrajes y gritos de toda especie. «Lo queremos,» gritan los unos; «no lo queremos,» contestan los otros. Barrere pide jurados y sostiene enérgicamente su necesidad.

Turreau aconseja que sean elegidos en París, y Boyer-Fonfrede en toda la república, porque el nuevo tribunal deberá juzgar crímenes cometidos en los departamentos, en los ejércitos y en todas partes. El día toca á su fin, y el presidente Gensonné resume las diversas proposiciones, disponiéndose á ponerlas á votación. La Asamblea, rendida de cansancio, parece inclinada á ce-



Boyer-Fonfrede

der á tanta violencia. Los diputados de la Llanura comienzan á retirarse, y para acabar de intimidarlos, los de la Montaña piden que se vote en voz alta. «Sí, exclama Feraud indignado, sí, votemos en voz alta, para que conozca el mundo á los hombres que quieren asesinar á la inocencia á la sombra de la ley.» Este violento apóstrofe reanima á la derecha y al centro, y contra todo lo que era de esperar, la mayoría declara: 1.º, que habrá jurados; 2.º, que éstos serán elegidos en número igual en los departamentos; y 3.º, que serán nombrados por la Convención.

Después de admitidas estas tres proposiciones, Gensonné cree necesario conceder una hora de reposo á la Asamblea, que estaba rendida de cansancio, y los diputados se levantan para retirarse. «¡Intimo á los buenos ciudadanos, grita entonces Dantón, que permanezcan en sus puestos!» Al oír aquella voz terrible, todos vuelven á sentarse. «¡Cómo, continúa Dantón, en el momento en que Miranda puede ser derrotado, y Dumouriez sorprendido y vencido á su vez, pensaríais en abandonar vuestro puesto (1)! Es preciso acabar de estable-

(1) En aquel momento ignorábase aún que Dumouriez hubiese abandonado la Holanda para volver al Mosa.